

Los Teocallis escudriñan,
Y los Tianguis¹ alborotan,
Y suben á los palacios
Y descienden á las chozas.

1. Las plazas del mercado.



ROMANCE III

NANCHE.

No lejos de un bosque añoso,
Al pié de verde colina,
Y de un tranquilo arroyuelo
Junto á la márgen florida,
Levanta entre dos jardines,
Que diestras manos cultivan,
Una apacible morada
Sus tápias envejecidas.

Y á cuya puerta da sombra
Una secular oliva,
Tendiendo las verdes ramas
Que eterna paz simbolizan.

En ella moran tranquilos
Un anciano, y una viva
Y traviesa y cariñosa
Doncella, su amor, su dicha.

Nanche se llama el anciano,
Nezahualxochitl la niña,
Y Nanche y Nezahualxochitl
Son dos almas y una vida;

Son una flor en su tallo,
Son, del mar en las orillas,
Una perla en su rugosa
Y áspera concha escondida.



Era una noche muy triste,
Y lánguida y amarilla,
Llegando al zenit la luna
Su lánguida luz vertía.

La jóven, como una sombra
Impalpable y fugitiva,
Por sus velados jardines
La leve planta desliza;

Cuando de pronto el anciano
Se le aparece, y solícita
Nezahualxochitl al verle,
Gozosa se le aproxima:

— Padre mio, á tales horas

Por estos sitios caminas,
Cuando tus ojos apenas
Distinguen la luz del día?

Dame tu mano y revélame
Dónde vas.....

— Sígueme hija,

Nanche contesta, y torciendo
Por una calle en que agita

A diestra y siniestra el manto
De los arbustos, la brisa,
Llegaron á una pequeña
Esplanada, do la vista

Entre tristes sempazúchiles
Y saúces mustios, divisa
De una blanca sepultura
La negra losa sombría;

Y cerca de ella, y en donde
Alumbra Febe divina,
Detiene el paso el anciano,
La frente dobla, suspira,

Y de sus párpados lenta
Se desprende á sus mejillas,
Una lágrima que acaso
Del ánima comprimida,

Es el único consuelo
De prolongadas vigiliás.
Después, tendiendo una mano
Mientras que la otra fría

Y temblorosa sostiene
Su cuerpo, que ya se inclina
A la tierra, doblgado
Por la edad y la fatiga,

Murmura con voz pausada:
—«Allí está Tiata, hija mia,
Era Tiata mi embeleso,
Era mi única delicia;

Creció feliz á mi lado,
Como has crecido tú misma
Pura, modesta y hermosa,
Y recatada y sencilla.

Era su pecho inocente,
Sin doblez y sin perfidia,
Como lago sin tormentas,
Como rosal sin espinas.

Huitzilihuitl, el monarca
De Tenuchtitlán un día
Vió su beldad, y una nube
Cruzó el cielo de mi vida.

No puso á sus piés un plomo,
Ni puso un velo á su vista,
Ni á sus labios un candado,
Ni coraza á su codicia.

¡Ay! robómela el infame,
Robómela en hora impía,
Y la deshonra en mi frente
Grabó sus cárdenas tintas.

Eternos días horribles,
Largas noches de vigilia,
Pasé sin Tiata...era Tiata,
De una vez sábelo, mi hija.

El grande rey Ixtlilxochitl,
A quien los dioses bendigan,
Se conmovió de las penas
Y las desventuras mias.

Y en mi socorro acudiendo
 A Huitzilihuitl obliga
 A devolverme el tesoro
 De mi insaciable avaricia.

Tiata al hogar desolado,
 Al Eden de su familia,
 Tornó temblando, una tarde,
 Melancólica, intranquila;

Al llegar á mi presencia
 Clavó en el suelo la vista,
 Y, cual un raudal, el llanto
 Nubló sus negras pupilas.

Como las flores que arrastran
 Los vientos por la campiña
 En las noches de Atemoxtlí,¹
 Eternas, tristes y frías,

Así á la infelice Tiata
 Miré mustia y abatida,
 Blanco el color de sus labios,
 Y sin sangre sus mejillas.

Lloró, lloré; el llanto nuestro
 Se confundió en una misma
 Corriente, cual sus dolores
 Nuestras almas confundían.

Mas nada bastó; las penas
 Mataron á Tiata el día
 Que tú naciste; tú eres
 De Huitzilihuitl la hija.

Murió el verdugo hace tiempo;
 Allí está en polvo la víctima;
 Tu madre infeliz, que goza
 De Tonatiuh¹ las delicias!

Hoy que siento que mis fuerzas
 Me abandonan y declinan,
 Te he revelado el secreto
 De mis angustias continuas.

Cuando de este mundo salga,
 Ven á este sitio, y cultiva
 Las tristes flores que nacen
 En sus desiertas orillas;

Suplan á mis oraciones
 Tus oraciones sencillas;
 Tu dulce llanto á las tristes
 Y amargas lágrimas mías.»

Cesa la voz del anciano,
 Nezahualxochitl suspira,
 Y ante la tumba cayeron
 Ambos á dos de rodillas.